

## **HISTORIA DE CONSERVACIÓN: El Rancho Sustentable como estrategia de Conservación Ambiental en la Reserva de la Biósfera Sierra la Laguna. Fundación Cántaro Azul, A.C.**

Al sur de la Península de Baja California, en medio de un entorno árido, rodeado de matorral y desierto, se ubica la Reserva de la Biósfera Sierra la Laguna (REBISLA). Esta isla de vegetación es un auténtico oasis, refugio del bosque de pino-encino y la selva baja caducifolia, únicos en el estado y la península respectivamente. Y es aquí donde se asientan, en 102 ranchos, los aproximadamente 600 descendientes directos de los antiguos californios, autodenominados rancheros sudcalifornianos: fieles a tradiciones ancestrales pero partícipes de procesos modernos de vida importados del exterior del cual ya no son completos extraños.

En sus casas, la radio les presenta el acontecer del mundo, pero al enmudecer regresa la realidad de lo alejados que viven de los centros urbanos cercanos e incluso de otros ranchos más próximos a la carretera. Como sustento y servicios básicos cosechan la luz del sol, el agua que brota del suelo, la madera de los árboles y aprovechan la carne y leche que sus animales, con dificultad, pueden producir después de haber rumiado la vegetación local. Su conocimiento sobre el ambiente que los rodea y del cual forman parte, es producto de respirar la Sierra, observarla y experimentarla. En veces agudo, profundo y similar al de un experto de los ecosistemas, en otros práctico y elemental; pero conocimiento finalmente.

¿Cómo se traduce esa experiencia, esa percepción en el día-día? ¿Qué efectos tiene, para su vida, para el ambiente, visto desde la perspectiva de la conservación? Y fue así como salimos a los caminos de la Sierra en busca de rancheros, en busca de respuestas.

El rancho sabe de nuestra llegada antes de que arribemos. Reconoce los sonidos y la estela de polvo que nos sigue en nuestro manejar. Nos observa desde que bajamos de la camioneta, quizá pronosticando habrá una serie de preguntas, papel y plumas. No somos los únicos y no seremos los últimos en llegar a su casa y ocupar de su hospitalidad, de su tiempo. No podemos evitar maravillarnos de su amabilidad y su paciencia.

No es sólo la Sierra, adentro de la casa también se respira el campo, que está hecha de la naturaleza misma: el techo de palma montado sobre una estructura de palo de arco y con

paredes de vara. La mayoría de las habitaciones de la casa, incluyendo la cocina, tienen contacto directo con la tierra que los acoge.

La cocina es un lugar sagrado: es ahí en donde se preparan los alimentos de la familia, donde se concentra el calor y el agua, y también ahí en donde platicamos con los anfitriones. Un lugar abierto a los elementos, cubierto sólo por una enramada de palma. Rosa, la hija menor de Don Javier, prepara una nueva olla de café de tasega recién molido en su nueva estufa ahorradora de leña. Nosotros nos saboreamos el café por anticipado, mientras Don Javier comenta cómo fueron llegando las diferentes tecnologías, para ellos relacionadas con necesidades básicas, para los introductores pensadas como elementos de conservación. Dos versiones de lo mismo, cercanas en tanto se les concibe como “cosas para mejorar” la vida, muy distantes en tanto hace patente realidades difícilmente conciliables: la del mundo sustentable versus la de mundo moderno con satisfactores accesibles.

Don Javier se acomoda el sombrero y rasca su mentón con mano fuerte y áspera, al tiempo que nos platica sobre los beneficios que le brinda el agua de la sierra-“El agua es la vida, sin ella no hay nada, aquí la usamos para todo, para tomar, bañarnos, lavar, para el ganado y regar las matas” - ¿Pero de dónde viene el agua?, le preguntamos, -“De arriba de la sierra y baja por debajo de la tierra, por los veneros, pero últimamente el agua está muy escasa, se está secando el monte y el ganado no tiene de donde beber ni comer”, comenta preocupado por su ganado; ¿Y usted que hace para mantener el agua en temporada de secas?- “pues nomás escarbamos más el ojo de agua, pero pues sólo Dios sabe porque no nos manda lluvia, sólo él podría hacer que llueva”, ¿Qué beneficios obtiene usted de las plantas del monte Don Javier?- “pues muchos, nos comemos las frutas, hacemos remedios, la madera la usamos para construir las casas y la leña para cocinar, aunque ahora con lo de la reserva ya no nos dejan talar, hay que sacar un permiso y uno no tiene con qué pagarlo y pues antes vivíamos de la venta de postes pero ya no se puede, ¿y cómo se siente al respecto? – “pues un poco mal pues aquí no hay otra forma de trabajo y nos la están poniendo difícil”, contesta con tono de angustia, pero ¿qué pasaría si talaran todo el bosque de la sierra, si se acabaran los árboles?, le preguntamos –“ni lo diga, sería el fin, haría más calor, todos los animales de arriba se bajarían a los ranchos, se escasearía el agua y pues se vería pelón el monte”. Y ahora que menciona los animales, ¿en qué le benefician a usted los animales del monte? –

“no pues, algunos son buenos pa la carne, pero otros son muy “dañistos”, se comen al ganado y hacen destrozos, ¿y usted qué opina de la cacería de animales? – “pues cuando hay necesidad no hay de otra, sino que va uno a comer, aquí no es como en las ciudades”, afirma.

El tono de su voz se tornó volátil al iniciar el tema de los programas introducidos por diversas entidades conservacionistas o de desarrollo. Nos pregunta él ahora a nosotros que cómo podemos llegar a hablar de su relación con la sierra, de sus actos, si nosotros somos los extraños a la Sierra, los que, no habiendo nacido en una casa de palo de arco, exigimos no corte un árbol cuando no tiene otra fuente para construir su casa, o para cocinar. Cómo pedirle que no cace, que modifique sus utensilios de cocina o la forma como toma el agua si así lo han hecho por siempre. Cómo hacerlo e imponerle medidas sustentables recias si los primeros que abusan de los recursos de la sierra son los de afuera, para quienes no existe reprimenda. No es de negar, comenta, que hay rancheros que abusan de lo que se tiene, lo comercian, pero no son la mayoría. Son más los ajenos o por demanda ajena los que causan gran parte del daño. Pero habrá sido la fuerza del tiempo o de los incentivos económicos que supone seguir las reglas y los programas de conservación entre otros, pero muchos de ellos han optado por aceptar los cambios y adoptar nuevas prácticas.

Su familia es parte de la región, y como tal, está habituada a disfrutar de los recursos, a usarlos como mandan las tradiciones y ahora, más que nunca, dirigidas por aspiraciones modernas de desarrollo. Saben que el agua, los árboles y los animales son importantes, y lo saben porque de ellos dependen, siempre lo han hecho. En nuestro paso por las comunidades pudimos comprobar que los rancheros saben lo que tienen, y saben que tienen que cuidarlo aunque a veces no están muy seguros de cómo, pero humildemente reciben la ayuda de la gente de fuera y poco a poco transforman su hogar en un hogar sano y seguro en tránsito a la sustentabilidad.